

Basilía. Perseverad en esos sentimientos, y hallaréis gracia ante los ojos de Dios y de los Angeles, que gustan y se complacen mucho de todo lo que es serio, grave y modesto.



CONVERSACION XLVII

SOBRE EL LUJO EN LOS VESTIDOS

Crescencia. Todos los días estamos oyendo declamar contra el *Lujo*; y quisieramos saber, si en esto llevan razón ó no.

Emilia. Esa es una pregunta que merece se examine despacio.

Florecia. Por lo mismo, te suplicamos, que te sirvas de hacerlo así; pues tenemos mucha confianza en tus luces.

Emilia. ¿De qué Lujo queréis hablar? ¿Del de los vestidos, del de los muebles, ó del de la mesa?

Crescencia. ¿Tan grade es la extención del Lujo.

Emilia. Sí; á todas esas cosas se extiende y aún algo mas todavía.

Florecia. Pues al presente, solo tendremos la mira en el Lujo de los vestidos.

Emilia. Tampoco yo quiero hablaros ahora mas que de eso; pero con la condición de que todo lo que yo

os fuere diciendo acerca de este, lo habéis extender y aplicar al de los muebles y la mesa; y al de todo aquello en que pueda tener lugar el Lujo.

Crescencia. Dinos primeramente, ¿qué se entiende por Lujo en los vestidos?

Emilia. Se entiende tolo aquello que sobrepuja y excede al estado de cada una, en los vestidos, atavíos y adorno, de que usa no por necesidad, sino por lucirlo, y para que todos la miren.

Florencia. Y ¿por qué dices *para que todos la miren*?

Emilia. Porque ese es el fin, que principalmente se propone el Lujo de los vestidos.

Crescencia. Y ¿qué? ¿No se mira también á sí misma en estas cosas?

Emilia. No digo yo, que no se mire también á sí misma; lo que digo es, que lleva por fin principal, el que todos la miren: porque ¿quién había de querer tomarse el trabajo de vestir con magnificencia, de adornarse soberbiamente, si no hubiera de ser vista?

Florencia. Pero ¿qué se pretende con eso?

Emilia. Hacerse mirar y admirar de todos; granjearse mas recomendación; y atraerse mayo consideración y respeto.

Crescencia. Mas ¿esto no es mas que una pura vanidad?

Emilia. ¡Ila loveis; pues ¿qué cosa mas vana. que alimentar el espíritu y el corazón con unas cosas tan frívolas? Yo confieso, que se necesita tener un espíritu bien pequeño, para contentarse con solo este humo.

Florencia. Pero ¿tú llamas humo y cosas frívolas, á la estimación, honor y consideración de las gentes?

Emilia. Sí; cuando todo esto no cae mas que sobre los vestidos, compostura y adornos.

Crescencia. Reputas igualmente á toda especie de estimación, de honor y consideración?

Emilia. No; cuando tienen por fundamento á la virtud y al mérito; y aun en esto mismo habría vanidad, si no se buscase la virtud y el mérito mas que con esta mira.

Florencia. ¿Qué regla, pues dede observarse en punto á vestirse y adornarse de una manera conveniente?

Emilia. es necesario, que cada uno consulte su estado y clase; porque verdaderamente sería un trastorno del buen orden y de la razon, el que un artesano se vistiese como un mercader; y un mercader como un magistrado.

Crescencia. Pero, en vistiendose cada una segun y como visten las de su clase, ¿no iría bien eso?

Emilia. No; si las de su clase se han exedido ya; pues siguiendo á éstas, forzosamente se habra de exceder ella tambien.

Florencia. Yo por mí, me consolaría, si á lo menos hubiesemos de quedar ahí.

Emilia. ¡Ah! Tú tienes razón en parte; pero ordinariamente no nos contentámos con igualarles, sino que se procura tambien excederles; y sobrepujando siem-

pre un poco á las demás, ya no es posible distinguir cada, clase de personas; y todo es una confusión.

Crescencia. Verdad es esto que dices.

Emilia. Y ¿cuántas mujeres de artesanos se ven hoy, que igualan á las de los mercaderes; y entre las de estos últimos cuántas hay que corren parejas con las marquesas y duquesas? Y no sé yo, si también hay algunas que compiten con las princesas mismas.

Florencia. Ciertamente que éste es un horroroso desorden, y un abuso muy grande.

Emilia. Sí, sí; y es un desorden y un abuso, sobre el cual no se hace absolutamente reflexión; y en que, por lo comun, se muere conforme se ha vivido.

Crescencia. Sin duda, que esas tales personas se acusarán de semejantes excesos en el santo Tribunal de la penitencia.

Emilia. Yo creo, que antes se acusarán muy exacta y muy escrupulosamente de cualquier exseso, por ligero que sea, en la comida y bebida, que pensar siquiera en acusarse de estos excesos escandalosos.

Florencia. Pero un confesor celoso y sabio debe hacer que ábran los ojos en este punto.

Emilia. Por mas celoso, por mas instruido que me supongáis á un confesor; si estas personas no se acusasen de ello, ó si, siendo preguntadas, lo negasen; es muy difícil que él pueda poner remedio.

Crescencia. Verosimilmente nacerá eso de que dichas personas no creran que haya mal alguno en esta parte.

Emilia. Con todo, sí le hay, y muy grande; como que ninguna cosa es tan opuesta al espíritu de religión,

Florencia. Háenos el favor de mostrárnos y ponémos palpable esta oposición.

Emilia. de buena gana. ¿Qué cosa hay que la religión nos predique con mayor eficacia, que el menos precio de nuestro propio cuerpo?

Crescencia. ¡Qué! Nuestro cuerpo es despreciable? ¿No dice San Pablo, que “ninguno aborrece á su propia carne? (1)”

Emilia. Así es; pero estas palabras del apostol no quieren decir otra cosa, sino que cada uno, por el natural amor á la conservación de la vida, tiene cuidado de su cuerpo; mas este cuidado del cuerpo no quita, que se le desprecie por aquel lado que le hace despreciable.

Florencia. Pues ¿por dónde es despreciable nuestro cuerpo? Dí.

Emilia. Considerad su origen, que es la tierra; mirad su fin, que son los gusanos, la podredumbre y el polvo; atended á su compuesto ó á su ser físico, que es un manantial de enfermedades y dolencias; contemplad los pecados sin número con que tal vez ha sido manchado; y por todos estos lados le hallaréis sumamente despreciable.

1 Ephes. 5. 29.

Cresencia. Es verdad; pero, á pesar de todo eso, se debe cuidar de él.

Emilia. Yo no me aparto de eso; y solo os he dicho en esta parte, que desaprobaba los cuidados excesivos, que son inseparables del lujo; pero todo lo que pasare de un cuidado racional y justo, no es disculpable.

Florencia. ¿Qué razón tienes para decir eso?

Emilia. El que los inmodera los cuidados no pueden estar nunca de acuerdo con aquel menos precio cristiano que nos inspira la Religión, por lo relativo á todas esas humillaciones corporales que os acabo de esponer.

Cresencia. ¡Grandes, por cierto, son todas estas humillaciones!

Emilia. No solamente son grandes; sino que son ciertísimas: que bien viene, despues de todo esto, no ocuparse en otra cosa que en el esmero de este cuerpo; y en hacer de por vida, todo su ídolo de él; sacrificándolo todo, por tenerle bien vestido, adornado y engalanado?

Florencia Nada de eso podemos negarte

Emilia. Pues obrar de esta manera, es olvidarse de que se tiene una alma de infinitamente mayor excelencia, que el cuerpo.

Cresencia. Pero tales personas acaso podrán cuidar á un mismo tiempo de uno y de otro.

Emilia. ¿Has visto por ventura muchas que lo hagan así? ¿Como es posible que puedan cuidar de su alma, cuando ponen toda su atención y esmero en el cuerpo?

Florencia. Nosotras no creíamos, que esto fuese incompatible.

Emilia. La experiencia convence, que quien no piensa mas que en su cuerpo, casi no puede ocuparse en el cuidado de su alma.

Cresencia. Pero ¿qué cosa es necesario hacer por el alma, que no se pueda hacer también, al propio tiempo que se está ocupadas en cuidar del cuerpo?

Emilia. Es menester adornarla de todas las virtudes; y este adorno pide muchas cosas.

¿Florencia. Cuáles son?

Emilia. Para decirlo todo en dos palabras, es necesario colocar en ella una entera conformidad ó semejanza con Jesucristo; pues según el Apóstol, sin esta conformidad nadie puede salvarse (1)

Cresencia. Desearíamos una individual enumeración de ella; para comprender mejor, que obra es la que hay que hacer para esto.

Emilia. Vedla. Es necesario colocar en el alma la penitencia de Jesucristo, su humildad su menos precio de las cosas terrenas; su amor á los bienes del Cielo, su celo por la gloria de su Eterno Padre, y por la salvación de las almas; y su compasión para con los pobres y miserables: cosas todas incompatibles con el Lujo.

Florencia Muéstranos en qué está esa incompatibilidad que dices.

1 Rom. 8. 29.

Emilia. vosotras mismas convendréis desde luego en que el Lujo es incompatible con la penitencia de Jesucristo; pues el Lujo no se ocupa en otra cosa que en el continuo cuidado del cuerpo; al paso que la penitencia de Jesucristo, le hacía que se olvidase aun de las necesidades del cuerpo.

Cresencia. Explica eso mismo un poco mas.

Emilia. Me conformo: este Divino Salvador no tenía mas que un vestido (1) y ese muy simple, para cubrirse como lo pedía la decencia, y librarse de las injurias del aire; andaba siempre á pie, aunque tuviese que hacer viajes muy largos: muchas veces le faltaba tiempo aun para comer; y reusaba tomar el sueño necesario, por pasar las noches enteras en oración (2). Aña-

* Luc. 6. 12.

did á todo lo dicho, que siquiera no tenía una dura piedra en que reclinar su cabeza sacrosanta.

Florencia. Confesamos, que semejante pintura es diametralmente opuesta á la conducta de aquellas personas, que gustan del lujo. Emilia. No es menos incompatible el lujo con la humildad de Jesucristo: esta humildad le hacía ocultar cuidadosamente todo aquello que pudiera grangearle la atención, á precio y veneración de los hombres; y al contrario, las personas que se dan al lujo, no lo hacen sino por que todo el mundo las vea, y por atraerse toda su estimación y respetos.

* Véase la erudita y sólida Obra del P. Ayala, Pint. Christ. lib. 3. cap. 9.

Cresencia. Tampoco podemos contradecir á esa verdad; es muy clara y muy constante.

Emilia. Comparad ahora el lujo con el menosprecio que Jesucristo hacía de las cosas de la tierra; y veréis, que el espíritu de los que se abandonan al lujo, nada mas respira, que lo mismo que Jesucristo menospreciaba.

Florencia. Esa es una gran deformidad, sin duda.

Emilia. Pues haced ahora un paralelo ó un cortejo entre el lujo y el amor de Jesucristo á los bienes del Cielo; y veréis, que los que están embriagados con el amor del lujo, no piensan tan siquiera en estos mismos bienes, y casi ni aun les pasa por la imaginación el desearlos; de forma, que si Dios lo dejase á la elección de estos tales, yo no dudo preferirían las delicias de esta vida á las delicias de la eternidad.

Cresencia. ¡Asombrosa ceguedad sería esa!

Emilia. Se puede asimismo asegurar con toda firmeza, que el lujo es sumamente opuesto al celo que Jesucristo tenía por la gloria de su Padre Celestial, y por la salvación de las almas; pues la conducta de esas personas, que están tan metidas en el lujo, es un escándalo perpétuo.

Florencia. ¿Qué escándalo, por tu vida, puede haber en semejante conducta?

Emilia, aquí le tenéis bien claro; por cuanto estas personas no predicán continuamente otra cosa, que vanidad, orgullo, sensualidad, complacencia para consigo mismas; ponzoña que á cada paso se tragan in-

sensiblemente todos aquellos que las admiran y aplauden, y que les acarrea la muerte. ¿Qué cosa mas opuesta al celo de la gloria de Dios, y de la salvación de las almas?

Crescencia. Hasta ahora jamás habíamos pensado en semejante cosa.

Emilia. Fuera de eso, ¿qué cosa mas opuesta á la compasión de Jesucristo para con los pobres, que el Lujo? Al paso que por todos lados se contraen deudas, y que llegan á ruinarsse por fomentar el Lujo; ¿cómo es posible tener con qué socorer á los pobres, y partri su pan con ellos, como lo hacía Jesucristo, en medio de su gran pobreza?

Florencia. Pero no es pecado el dejar de socorrer á los pobres; cuando no hay con qué.

Emilia. Eso es verdad, cuando el no haberlo, no es por culpa de las tales personas, como sucede regularmente á todas aquellas que se dan al Lujo.

Crescencia. Pero estas personas bien pueden tener un corazón compasivo para con los pobres, aun cuando no les den nada.

Emilia. Acordaos de lo pasó en la persona de aquel malvado rico del evangelio [1], que rehusó dar al pobre Lázaro aun lo que no le costaba nada, como eran las migas que caían de su mesa: así que no os engaños; la dureza para con los pobres es una cosa

(1) Luc. 16. 21.

inseparable del Lujo.

Florencia. Mayor mal es todavía éste de lo que discurriamos.

Emilia. Sí por cierto; y lo mas deplorable es, que nadie piensa en él; y asi, es un mal este casi universal.

Crescencia. ¿Y qué se ha de hacer para librarse de este mal?

Emilia. Lo primero: vestirse y adornarse siempre un poco menos de lo que nuestro estado requiere, y no exederse mas. Lo segundo: conformarse siempre en este punto con las personas mas modestas de su clase segun aconsejan los santos. Lo tercero: manifestar dolor y sentimiento, cuando hubiere precición, por razón de estado, de llevar ciertos adornos sobresalientes, como lo hacía la Reina Estér (1); que le decía á Dios en tales lances: "Vos sabéis, Señor, la necesidad " en que me hallo; y que los días en que me veo obligada á presentarme con magnificencia y esplendor, " abomino de la soberbia insignia de honor y gloria " que llevo sobre mi cabeza; y que la detesto como un " lienzo, ó un trapo feamente manchado y asqueroso: " y que yo no uso de ellos en los días de mi silencio;" es decir, cuando no salía en público. Lo cuarto: juntar dentro de su corazón una buena porcion de sentimientos de humildad, á proporción de la necesidad que

1 Cap. 14. 16.

haya de dejarse ver exteriormente en elevación, por la pompa y gala de vestidos y adornos.

Florenxia. Infinitas gracias te damos por tantas y tan buenas instrucciones; asegurándote, que procuraremos hacer de ellas todo el buen uso, que de nosotras pudieras esperar.



CONVERSACION XLVIII

SOBRE EL BAILE

Balsamia. Veniamos á convidarte para una recreación, que sin duda te agradará.

Cesaria. Antes que os empeñe mi palabra, quiero me expliquéis, qué viene á ser ella.

Eusebia. Un Baile en público en que contamos con divertirnos muy bien.

Cesaria. ¡Qué! ¡En mitad de la calle, delante de todo el mundo, y con libertad de tomar cada una el lugar que se le antoje!

Balsamia. Sí; y ese es el gusto.

Cesaria. Era menester ser de vuestro humor y de vuestro gusto, para hallar diversión en eso.

Eusebia. ¡Ay! pues ¿qué humor y gusto, te parece que es el nuestro?

Cesaria. Un humor y un gusto que ha borrado de todo punto en vosotras toda vergüenza y todo pudor.